

Monseñor Romero: diez años de tradición

Jon Sobrino
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador, El Salvador.

Al ocurrir el asesinato de Monseñor Romero, se produjo en El Salvador una conmoción inusitada, y muy pronto, con espontaneidad, el pueblo salvadoreño comenzó a llamarlo "pastor", "profeta", "mártir" o simplemente "Monseñor". Y muy pronto también lo llamó "santo". Monseñor Romero, quien en vida fue alguien sumamente especial y significativo para el pueblo salvadoreño, inmediatamente después de su muerte se convirtió en alguien definitivamente especial y significativo.

Que esto ocurriera en El Salvador es comprensible, pero también en muchos otros países ocurrió un fenómeno parecido. Su muerte conmocionó al mundo quizás como ninguna otra desde la de Juan XXIII, y su entierro el 30 de marzo —el más increíble de la historia reciente— reforzó aún más esa conmoción. Desde el mismo día de su martirio, pues, Monseñor Romero fue dándose a conocer de manera muy especial y muy universal. Y, además, desde ese mismo día empezó a ser admirado y sobre todo querido por muchos, aquí en El Salvador y en muchos otros lugares, bajo la certera intuición de que Monseñor Romero algo importante tenía que ofrecer a seres humanos y creyentes en todo el mundo.

Ahora, en retrospectiva, podemos preguntarnos si aquella primera conmoción, admiración y cariño entonces comprensibles iban a ser algo puntual y pasajero, si iban a ser flor de un día, o iban a ser como el grano de mostaza que llegaría a crecer como árbol grande y frondoso donde reposan las aves del cielo y encuentran inspiración y ánimo los seres humanos en la tierra.

En pura lógica no se debiera descartar la primera hipótesis, aunque la magnitud y calidad de la reacción ante su martirio hacía ya pensar que Monseñor Romero había entrado en la historia salvadoreña y en la historia universal para quedarse. De todas formas se necesitaba tiempo para verificar la presencia duradera de Monseñor Romero en la historia. Ahora, diez años

después, podemos empezar a analizar con objetividad si y de qué modo sigue vivo Monseñor Romero. Diez años, sin duda, son relativamente pocos comparados con los siglos que llevan presentes en la historia un San Francisco de Asís o un San Ignacio de Loyola, pero pensamos que son ya suficientes para analizar con seriedad la presencia de Monseñor Romero en la historia.

1. Monseñor Romero ya ha generado "tradición"

Que Monseñor sigue presente en muchos seres humanos y creyentes nos parece que está fuera de toda duda. Pero lo que queremos añadir es que ésa es ahora una presencia específica porque Monseñor Romero ha creado ya una tradición. Pudiera no haber sido así, pero así pensamos que es. Para mostrar que la presencia de Monseñor Romero no es una presencia cualquiera sino presencia en una tradición digamos breve y sistemáticamente qué entendemos aquí por tradición y qué es específico de la tradición que está generando Monseñor Romero.

a) Por tradición suele entenderse en general la entrega, de generación en generación, de realidades importantes para un grupo humano, normalmente transmitidas en textos orales o escritos, que se piensan necesarias para mantener la identidad de un pueblo, grupo o comunidad en fidelidad a unos orígenes que son tenidos como normativos. En tradiciones religiosas, lo que se entrega normalmente suelen ser relatos, credos, doctrinas, tanto teóricos como ético-performativos y celebrativos: "Les transmito lo que a mi vez recibí", dice Pablo al hablar de la primera fórmula de fe en Cristo y del origen de la eucaristía.

Pues bien, algo semejante es lo que está ocurriendo con muchas de las cosas que dijo e hizo Monseñor Romero. Sus homilias, sus cartas pastorales, sus prácticas novedosas en la evangelización (unificando anuncio y denuncia, lo personal y lo estructural), en la predicación (unificando la explicación de la palabra de Dios y de la realidad histórica), en la pastoral (de derechos humanos, de acompañamiento), se transmiten de hecho y se pasan de unos a otros año tras año.

En el caso de Monseñor Romero, sin embargo —en analogía a lo que ocurrió con Jesús—, se está entregando, además, no sólo algunas de las cosas que hizo y dijo, sino la totalidad de su vida, de su misión y de su destino. Es la totalidad de su persona lo que se transmite, y esa totalidad es lo que se está convirtiendo en tradición. Y ésta es, por lo tanto, no sólo una tradición "doctrinal", en lo que suelen acabar —empobreciéndose y hasta degenerando— muchas tradiciones, sino una tradición de vida que, ante todo, quiere entregar de generación en generación la vida de Monseñor.

b) Las tradiciones suelen ser creadas por los pueblos como tales, por sus bases, los "laicos", diríamos, pues son los pueblos los que necesitan buscar y encontrar identidad en su caminar en la historia. Las instancias oficiales de los

pueblos podrán sancionar las tradiciones, y las instancias ideológicas las podrán reflexionar, esclarecer, actualizar, pero no las generan.

Y algo semejante está ocurriendo con la tradición de Monseñor. El presupuesto último de esa tradición, y lo que existencialmente la ha puesto en marcha y la mantiene, no es tanto una decisión que sería impuesta oficialmente desde arriba, ni el interés ideológico de unos pocos por mantenerlo vivo, sino la convicción realmente existente en muchos cristianos y seres humanos de que entregar a Monseñor de generación en generación es algo intrínsecamente bueno, necesario y salvífico, pues es entregar algo que humaniza y cristianiza hoy. Y la verificación de todo ello está en que la tradición de Monseñor sigue siendo recibida con espontaneidad y con obvio agradecimiento, no por ninguna imposición institucional, sino a veces incluso a pesar de la misma institución.

c) Lo que se entrega por tradición debe ser actualizado —por la misma naturaleza del asunto— en las circunstancias cambiantes de la historia, como lo muestran las sucesivas interpretaciones de las tradiciones fundantes en el Antiguo y Nuevo Testamentos. Y de no hacerse así, las tradiciones se reducen doctrinalmente, se escleroticizan y degeneran. Cuando esto ocurre se trata entonces de tradiciones “del pasado”, pero que no pueden ser consideradas como “tradiciones para el presente”. Una tradición que quiere mantenerse viva necesita, por lo tanto, la actualización de su origen a lo largo de la historia. Así ha ocurrido siempre en las tradiciones vivas, de hecho y de derecho, comenzando con la tradición de Jesús, quien en los evangelios no es presentado como quien tiene que ser fundamentalmente mantenido en una afirmación doctrinal, ni siquiera sólo como quien tiene que ser imitado, sino como alguien que debe ser proseguido, es decir, actualizado. La fidelidad sólo a la letra, la mera mimesis, sin espíritu y sin actualización, destruye la tradición.

Diez años no son todavía tiempo suficiente para mostrar el elemento de “actualización” de la tradición de Monseñor Romero en situaciones cambiantes. Pero creemos que ya se da esa actualización y de manera precisa. Por una parte, Monseñor es hoy actualizado en situaciones históricas algo distintas a las que a él le tocó vivir (guerra, masividad en la violación de los derechos humanos, masividad de refugiados, diálogo, solución política...), en nuevas situaciones religiosas (proliferación de sectas, religiosidad de las comunidades de base y de movimientos apostólicos de espiritualidad evasiva...), en nuevas situaciones eclesiales (involución eclesial, tensiones dentro de la iglesia que no acaban de encontrar solución...).

No hay por qué negar que algunos han pretendido, aun con buena voluntad, aferrarse a lo sumamente concreto de Monseñor Romero, intentado la mimesis más que el seguimiento. Tampoco hay por qué negar los intentos de parcialización y, así, de empequeñecimiento de Monseñor Romero, aunque la mayor de las manipulaciones hasta ahora ha sido su silenciamiento y la poca

voluntad de actualizarlo. Pero es también cierto que se está dando ya la actualización de Monseñor Romero en lo cambiante de la historia salvadoreña: su voluntad de paz y reconciliación, la historización de los caminos de justicia...

Por otra parte, lo que sigue siendo actualizado es la vida real de Monseñor Romero, el "Romero histórico" podríamos decir, y no un arzobispo abstracto, o un salvadoreño sin historia, o un santo sin contorno. La cercanía en el tiempo lo facilita sin duda, pero es importante recalcarlo: a Monseñor Romero se lo está actualizando, pero lo actualizado no es otra cosa que el Monseñor Romero real. Se trata, pues, de una tradición que tiene la capacidad de asumir —dialécticamente— la carne y el espíritu de Monseñor, lo cual es garantía de tradición viva y duradera.

d) Por último, creemos que la tradición de Monseñor Romero, tal como se va desarrollando, integra en sí a su persona de manera muy específica. No es una tradición que se remite a él sólo como a su fundador fáctico, quien —una vez desencadenada la tradición— muy bien pudiera desaparecer dentro de ella, sino que se remite a él para hacerlo presente en la historia a través de un cuerpo histórico, social y eclesial. Con todas las analogías del caso, esta específica tradición de Monseñor Romero nos recuerda a la tradición de Jesús, quien no sólo echó a andar un movimiento (la iglesia se lo llamará después), sino que quiere estar presente en la historia a través de su cuerpo. La tradición de Monseñor Romero, tal como se está dando de hecho, indica que Monseñor está tomando cuerpo en los seres humanos y creyentes que lo "corporeizan"; y que estos seres humanos y creyentes lo corporeizan para "incorporar" a Monseñor Romero a la historia, para que su espíritu siga presente inspirando, iluminando y animando.

Resumiendo todo esto en palabras sencillas, hablar de la tradición de Monseñor Romero significa que ha aparecido en la historia un modo de ser humano y cristiano, ejemplificado a cabalidad por el propio Monseñor, relevante para la vida y para la fe, para el mundo y para las Iglesias, y aceptado con la convicción de que ese modo de ser humano y creyente es salvífico para las personas, para los pueblos y para la historia.

Y hablar de la tradición de Monseñor Romero significa que —después de su martirio— él sigue ahora presente en la historia de manera objetiva, corporativa, estructural, más allá de voluntades individuales —aunque éstas refuercen o debiliten su presencia. Quien vive hoy en El Salvador, y en el mundo, tiene que contar ya de antemano con esa realidad llamada Monseñor Romero y el movimiento que ha desencadenado, el cual sigue estando presente a través de una tradición. Lo desencadenado históricamente por el Monseñor Romero vivo se ha introducido, pues, estructuralmente en la realidad, se ha convertido en una corriente objetiva con suficiente peso ya para ofrecer a la historia una dirección y un sentido, y se ha convertido también en suficiente conciencia colectiva del

pueblo, con vigor para proporcionar luz sobre el camino a recorrer y fuerza para recorrerlo.

Por ello, aunque la palabra suene hoy rara por novedosa, hay que hablar ya de Romero y de "romerismo", del mismo modo que hay que hablar de Cristo y de "cristianismo", de Francisco y de "franciscanismo". Los nombres propios designan personas desencadenantes de tradición; los otros nombres designan las tradiciones desencadenadas que se convierten en dimensiones estructurales de la realidad. A través de ellas tenemos acceso a quienes las desencadenaron, y —cuando esas tradiciones no se han esclerotizado— a través de ellas sus fundadores siguen estando presentes —de manera actualizada— a lo largo de la historia. El "romerismo" es hoy lo que nos remite a Monseñor Romero y Monseñor Romero se hace presente en el romerismo auténtico. Este Monseñor histórico, actualizado y corporeizado es lo que está siendo entregado y recibido año tras año.

A continuación queremos analizar un poco más en detalle lo que hemos dicho hasta ahora de forma genérica: en qué se nota externamente que existe esa tradición, cuál es su contenido fundamental y sus peculiaridades, cuál puede ser su futuro y dónde está la raíz última de esa tradición. Todo esto debe ser analizado y no presupuesto, pero digamos también que, personalmente, partimos de un *a priori* creyente: Monseñor Romero no sólo ha creado tradición de hecho —como muy bien pudiera no haberla creado—, sino que la ha creado de derecho. Tenía forzosamente que crearla, pues con él "Dios pasó por El Salvador", como decía Ignacio Ellacuría, y ese paso no podía menos de dejar huella histórica.

2. Signos exteriores de la tradición: la "santificación" de Monseñor Romero

El hecho de que Monseñor Romero ha desencadenado una tradición nos parece claro. Esto se puede mostrar de varias formas, pero vamos a mostrarlo ahora comparando los signos exteriores de la tradición de Monseñor con los que han acompañado a lo largo de la historia a las grandes tradiciones religiosas (con sus equivalentes en tradiciones más seculares).

A lo largo de la historia, siempre que un personaje ha originado alguna gran tradición se ha producido un proceso de "sacralización" de su persona, de su espacio y de su tiempo, y ese proceso muestra que de hecho algo se ha entregado de generación en generación. El término "sacralización" no es hoy el más adecuado para describir ese fenómeno, pues induciría a hacer de Monseñor Romero un mito desligado de la realidad histórica, mientras que en la actualidad su figura tiene todavía un claro relieve histórico y la tradición que ha generado tiene claros componentes históricos, noéticos, éticos y prácticos. Por ello nosotros preferimos hablar de un proceso de "santificación" de Monseñor Romero, pues este término connota hoy una referencia de su persona a lo histórico,

y la posibilidad de que quienes se acercan a esa persona encuentren conversión, luz, ánimo; en una palabra, salvación histórica.

Pero, llámesele "sacralización", "santificación", "proclamación de su humanidad ejemplar" o de cualquier otra forma, lo importante es lo que con esos términos se quiere afirmar: Monseñor Romero se ha convertido en referente privilegiado y obligado de humanización y de fe. Y eso es lo que muestran los signos externos que vamos a analizar: la convicción de que Monseñor Romero es un personaje excepcional y salvífico que debe permanecer en la historia.

En primer lugar hay que recalcar que se ha "santificado" el espacio, los lugares de Monseñor Romero. La catedral en que está enterrado su cuerpo y el hospitalito donde derramó su sangre se han convertido en lugares santos, centros de oración y de peregrinación, de salvadoreños y de hombres y mujeres de muchas partes del mundo. Más aún, el país de Monseñor Romero, El Salvador, ha ido adquiriendo también un algo de numinoso, por muchas razones indudablemente, pero entre otras porque es el país de Monseñor. Se ha convertido para muchos en un lugar al que simplemente es bueno y santo visitar.

La historia tendrá que cuantificar y cualificar ese movimiento de peregrinación a los lugares de Monseñor Romero, por supuesto, pero ya ahora se puede decir que el fenómeno es formalmente semejante al que originó Jerusalén, lugar al que desde la antigüedad y a lo largo de la historia han querido ir muchos creyentes y los grandes santos, simplemente porque allí vivió y murió Jesús. Es semejante formalmente al que originó Compostela en la Edad Media para visitar al apóstol Santiago, o el santuario de la Virgen de Guadalupe o la misma Roma, de donde viene la palabra "romería", peregrinación. Algo hay en todos esos lugares que ha atraído y atrae, algo que exige conversión y ofrece salvación, aunque en el decurso de la historia esa atracción haya sido, según la diversidad de épocas, manipulada, comercializada, hasta llegar a convertirse en ambigua mezcla de devota peregrinación y puro turismo.

Lo que aquí nos interesa recalcar es que la tumba de Monseñor Romero en catedral y la capilla del hospitalito en que fue asesinado se han convertido de hecho en poderosos centros de atracción y de peregrinación. Y es más importante recalcar que —dada la cercanía de los hechos— se trata todavía de auténtica peregrinación, de visitar un lugar —llámesele santo o de cualquier otra forma— que atrae a creyentes y a seres humanos porque allí está Monseñor Romero, allí esperan encontrarse con su realidad y de allí esperan salvación. Por ello, como en los comienzos de las antiguas peregrinaciones, se visita hoy la tumba de Monseñor —aunque las expresiones externas sean diversas— con verdadera devoción, con espíritu de fe y de humanidad, con espíritu de penitencia y de agradecimiento, no simplemente por curiosidad o rutina. Por mencionar un solo ejemplo de estos días, el obispo italiano Mons. Betazzi dijo en este aniversario que han venido a El Salvador desde Italia para convertirse,

para aprender y para agradecer. El respeto y devoción con que mucha gente visita catedral y el hospitalito irradian una disposición interior, una disposición del espíritu a dejarse inspirar, convertir y animar por Monseñor Romero. Los lugares de Monseñor se han convertido, pues, en lugares de los que se espera salvación.

También se ha "santificado" el tiempo de Monseñor, en concreto el día de su martirio, el 24 de marzo. Cada año en muchas partes del mundo se celebra ese día. La fecha —"24 de marzo"— posee ya incluso su propia identidad, su propia evocación, como si del 25 de diciembre o de un viernes santo se tratase, con todas las analogías del caso, de modo que al mencionar el "24 de marzo" no se necesita ya ninguna aclaración.

Lo importante, sin embargo, es que ese "24 de marzo" no simplemente se conmemora sino que se celebra, y las celebraciones se preparan cuidadosamente de antemano, aquí y en el extranjero. Y es celebrado con toda naturalidad, con gran agradecimiento y hasta por necesidad, pues es una fecha en la historia actual que humaniza y cristianiza. Se celebra, además, ecuménica y universalmente, porque Monseñor Romero es considerado como algo propio por católicos, por miembros de otras iglesias cristianas, por miembros también de otras religiones e incluso por personas que no se confiesan religiosas. En El Salvador, el 24 de marzo es fecha de celebración obligada en la capital, pero también en lejanos cantones, en templos y en campamentos del FMLN. En lugares donde existen conocidas divisiones entre cristianos progresistas, el 24 de marzo, dicen, es la única fecha capaz de poner de acuerdo a todos los grupos para celebrar activamente algo en común. Y, a medida que pasa el tiempo, para el 24 de marzo se preparan los adultos, pero también, al menos en El Salvador, se prepara a los niños para que, junto al descubrimiento de las cosas más importantes de la historia salvadoreña, comiencen a conocer a Monseñor.

El tiempo, pues, de Monseñor ha sido santificado. El 24 de marzo es una fiesta de guardar, es día que evoca lo mejor que somos los seres humanos, y es día de oración, de renovación de compromiso, de esperanza. Es una actualización histórica del viernes santo y del domingo de resurrección.

También se ha "santificado" la persona de Monseñor de variadas formas. Como en otras tradiciones religiosas, muchos reconocen los "favores" o "milagros" que les ha concedido Monseñor Romero después de su martirio. Externamente, su tumba en catedral está llena de placas —antes había centenares de pequeños papeles escritos por gente sencilla y pobre que no puede pagar una placa— en que se agradecen favores y milagros.

Sea cual fuere la interpretación de la religiosidad que está detrás de esas placas y favores, lo importante es el hecho mismo de que ocurra: a Monseñor se le reconoce como intercesor privilegiado, como uno de los grandes intercesores de la gente pobre sobre todo con poder ante Dios. Y esto es notable

porque durante su vida, aun siendo escuchado, admirado y querido, nada había en la gente que lo presentase entonces como "taumaturgo". Si ahora ocurre esto, es que Monseñor Romero se ha hecho también presente en la historia como Jesús y como los grandes santos que han generado tradición: con prodigios y milagros.

Pero además, no se trata sólo de "favores" y "milagros" de los que hablan las tradiciones religiosas populares. En su tumba hay también muestras de agradecimiento de parte de sindicatos, de comités de madres, de organizaciones populares, no ya por prodigios físicos, sino por el prodigio moral de mantenerles con inspiración y ánimo en medio de gravísimas dificultades. Y junto a esto, los testimonios personales de muchos —de diversa condición y de muchos lugares— que han puesto carteles de Monseñor Romero en sus casas y lugares de trabajo, y que han puesto en sus corazones placas de agradecimiento a Monseñor Romero porque les ha convertido y cambiado, les ha exigido y les ha dado luz y fuerza para vivir como creyentes y seres humanos en nuestro mundo de hoy. Si según las grandes tradiciones, sus fundadores siempre han realizado "prodigios", esto está ocurriendo también en la tradición de Monseñor. Monseñor es reconocido y agradecido como quien, después de su muerte, efectúa prodigios y "milagros", como quien produce conversiones y otorga luz y ánimo. En otras palabras, como quien está salvíficamente presente en la historia.

Mencionemos por último otro signo externo de la "santificación" de la persona de Monseñor Romero: su presencia en la literatura, el arte, la música, su presencia en todas las dimensiones del espíritu humano con que éste reacciona ante lo que en verdad le ha afectado y humanizado y ante lo que quiere que permanezca para siempre. Como en las grandes tradiciones que movían a escribir "vidas de santos", recoger sus palabras y plasmarlos en todo tipo de signos artísticos, así ha ocurrido con Monseñor. Y eso ocurre —como en las tradiciones— en forma popular y también en forma cultivada, en poemas y en cantos, en escenificaciones y en cuadros. No lo sabemos con exactitud, pero creemos no exagerar al decir que, en los últimos diez años, Monseñor Romero es el personaje eclesial y aun simplemente humano de quien más se han publicado sus escritos, sus homilias sobre todo, de quien más se han escrito biografías y reflexiones sobre su persona y obra, a quien se han dedicado más poemas y cantos, de quien se han hecho ya varias películas, obras de teatro y una pequeña ópera. De Monseñor se han impreso ya innumerables carteles, en El Salvador y en el mundo entero —el antiguo fenómeno de las estampas—, y cada año se imprimen nuevos carteles porque cada año hay que volver a poner en imagen a Monseñor.

Con Monseñor Romero, pues, está ocurriendo externamente lo que ha ocurrido con los grandes personajes que han creado tradiciones, religiosas o seculares. Aquí hemos analizado este fenómeno a partir de la "santificación" de su figura, de sus lugares y de sus tiempos. Se podría haber hecho con mayor

sencillez analizando simplemente con cuánta naturalidad mucha gente lo llama "santo" y lo cree de verdad. La importancia de este breve análisis no consiste, pues, en que en Monseñor Romero se verifican también los signos que acompañan a la creación de otras tradiciones religiosas. Lo importante es que, a través de estos signos exteriores, el espíritu personal y colectivo de muchos creyentes y seres humanos muestra cuán impactado, cuestionado, sanado y agradecido ha quedado por Monseñor Romero. Estos signos externos muestran el deseo de mantenerlo vivo, de la necesidad de que siga vivo y del agradecimiento porque les sigue dando vida. Todo esto es lo que ha ocurrido en estos diez años y son una muestra exterior palpable de que ya se ha gestado la tradición de Monseñor Romero.

3. El contenido de la tradición: un modo solidario de ser humano y creyente en un mundo de víctimas que esperan salvación

¿Qué es lo que sigue generando Monseñor Romero y lo que sigue siendo recibido en el tiempo para poder hablar de "tradición"? Como ocurre siempre, la tradición la desencadena un personaje y/o un grupo social alrededor de aquél, pero la historia es la que va recogiendo, configurando, actualizando —a veces legítima, a veces ilegítimamente— lo que ese personaje va dando de sí a lo largo de la historia. Como ya hemos dicho, existe "Cristo" y el "cristianismo", existe "Francisco" y el "franciscanismo". Creemos que, poco a poco, se puede ir hablando ya de "Romero" y el "romerismo", término no muy dicente todavía por lo novedoso, pero que creemos insustituible.

En el caso ideal ambas cosas, el personaje desencadenante de tradición y la tradición desencadenada, se remiten mutuamente: Jesús enviará al Espíritu, que es el que hace real la tradición de Jesús a lo largo de la historia, pero por otra parte el Espíritu sólo puede remitir a Jesús. Y de ahí que el cristianismo —el "seguimiento de Jesús" como la gran "tradición" cristiana *in actu*— no sea ni deba ser, por una parte, imitación de Jesús, porque a Jesús hay que actualizarlo, pero, por otra parte, lo actualizado no puede ser otra cosa que Jesús, y por ello el mismo Jesús tiene que seguir estando presente.

En el decurso real de las tradiciones, el problema suele consistir en qué hacer con la realidad de su fundador. Cuando la tradición es fiel —transida de gracia—, lo sigue haciendo presente. Cuando la tradición se adultera —transida de limitación y pecaminosidad— lo desvirtúa, lo ignora y hasta lo tergiversa. La realidad concreta de "Cristo", por mencionar el ejemplo más importante, puede y suele estar presente, más o menos, en la tradición cristiana; pero otra veces bajo "cristianismo" se comprenden tradiciones en las que Cristo no está presente, a veces ha estado ausente, e incluso hay "cristianismos" que ignoran a Cristo o hasta llegan a desarrollarse contrariamente a Cristo. Y lo mismo pudiera decirse del franciscanismo, ignacianismo, teresianismo...

En el caso de Monseñor Romero creemos que, por lo reciente de su vida, él mismo está todavía muy presente en esa tradición incipiente que hemos llamado "romerismo". Todavía hay muchos que recuerdan y se remiten al Monseñor Romero concreto, sus palabras, sus actitudes, sus hechos. Quizás algunos tengan todavía la sensación de que hay que "imitar" a Monseñor Romero e incluso otros lo puedan manipular objetivamente —con o sin buena voluntad— al elegir datos concretos de su vida y sancionarlos definitivamente en su concreción para aplicarlos simplistamente a situaciones cambiantes.

En cualquier caso, en la actualidad el "romerismo" vive todavía sustancialmente del Monseñor Romero concreto, por la cercanía de su vida y, también, porque, aunque la realidad vaya cambiando en estos diez años, sus problemas, sus clamores y sus esperanzas siguen siendo estructuralmente muy semejantes a los del tiempo de Monseñor.

3.1 El "Romero histórico" en la tradición de Monseñor Romero

¿Qué es lo que hubo en ese Monseñor concreto que se mantiene hasta el día de hoy y se entrega año tras año? La respuesta formal es sencilla: hubo en él algo verdaderamente salvífico y relevante entonces para poder vivir como creyentes y como seres humanos, y algo que sigue siendo hoy necesario para vivir nosotros como seres humanos y creyentes en este mundo de finales del siglo XX.

En otros lugares hemos analizado en detalle esa relevancia de su persona (cfr. Monseñor Romero, UCA-Editores, San Salvador, 1989). Aquí la queremos presentar resumidamente desde la estructura de la vida de Monseñor, y lo hacemos así porque la "estructura" de su vida es algo que podemos proseguir sin tener que imitar todos sus detalles, y, sobre todo, porque con "estructura" queremos apuntar a su totalidad, no sólo a tal o cual cosa concreta de su vida. Ayudados por las tres conocidas preguntas de Kant para expresar la totalidad de lo humano: qué podemos saber, qué nos está permitido esperar, qué tenemos que hacer (a lo que añadiremos una cuarta: qué podemos celebrar) podemos preguntarnos qué totalidad de Monseñor Romero es transmitida hasta el día de hoy.

Al nivel noético —qué podemos saber— Monseñor ofreció la verdad de Dios y la verdad de este mundo. Ofreció la verdad de un Dios de vida, defensor de los pobres y humanizador de todos, y desenmascaró la mentira de los ídolos de muerte, que hacen víctimas de los pobres y deshumanizan a todos. Ofreció la verdad de la realidad, de espantosa pobreza, injusticia, represión y muerte, y la verdad de los pobres, con sus sufrimientos sin cuento y también con su potencial humanizador, su anhelo de vida, su esperanza, su creatividad, su compromiso, su martirio por amor. De ahí que exigiera y ofreciera a todos conversión a ese nivel primario para no aprisionar la verdad con la injusticia,

cambiar los ojos ciegos e interesados en ojos limpios, castos, para ver las cosas como son. De ahí también el ofrecimiento y la exigencia de encarnación en la verdadera realidad, empobrecida y esperanzada, no sólo por razones éticas o ascéticas, sino por razones más primigenias, porque para saber la realidad hay que estar en la realidad.

Al nivel ético-práxico —qué tenemos que hacer— ofreció y exigió la opción por los pobres, la defensa de ese mínimo que es el máximo don de Dios: la vida; la lucha decidida contra la injusticia y la construcción de la justicia, la demolición del antirreino y la construcción del reino de Dios desde ellos y para ellos. De ahí, su exigencia primaria a todo ser humano y creyente a reaccionar con misericordia, reacción primera y última, que relativiza y resitúa todo lo demás, que corre los riesgos, personales e institucionales, por hacerla valer. De ahí también, la ultimidad del amor, sin condiciones, la disponibilidad a dar la vida, al martirio, no por masoquismo, sino porque la misericordia y la justicia hay que llevarlas a cabo en un mundo que da muerte. Y todo ello con la convicción de que ese amor genera credibilidad y ésta potencia la acción ético-práctica y la otorga una dimensión de eficacia que no se consigue de ninguna otra manera.

Al nivel de la esperanza —qué nos está permitido esperar— ofreció la esperanza de los pobres y la invitación a entroncarnos en ella. Es la esperanza de vida, de que el nuevo cielo y la nueva tierra es posible, a pesar de tener tantas cosas en su contra. Para generarla y mantenerla ofreció el amor de tantos salvadoreños, de los pobres y de quienes se solidarizan con ellos, como fuente inagotable de esperanza para seguir combatiendo el antirreino y construyendo el reino de Dios. Y ofreció a Dios, inagotable misterio de esperanza, por ser utopía, que sigue atrayendo a la historia desde el futuro y generando, así, esperanza.

Al nivel del sentido último de la vida —qué podemos celebrar— ofreció el gozo de las bienaventuranzas —escandalosas, pero reales—, el gozo de los pobres, expertos en sufrimiento, pero sin dejarse llevar por la tristeza última, el gozo de —a través de ser unos para otros— poder vivir unos con otros. Ofreció el gozo de amar a otros y ser amados por otros. El sentido de la vida, la celebración de la vida, siempre tiene que ver en último término con amar y ser amados, y de hacer esto en comunidad. Por ello dijo bellamente Monseñor: "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor". Dentro de la gran comunidad del pueblo, estando en favor de los más pobres y siendo amado por ellos, se experimenta el gozo de vivir y la vida se puede celebrar.

Todo esto que él ofreció es lo que él mismo vivió a cabalidad. Y ese modo de ser de Monseñor, ese ser creyente y ser hombre de la verdad y de la encarnación, de la misericordia y de la justicia, de la esperanza y del gozo, del martirio y del amor, es lo que empezó a impactar en vida y lo que se sigue

comunicado hasta el día de hoy. Eso es la esencia del “romerismo” y lo que sigue atrayendo irresistiblemente a muchos seres humanos y creyentes.

Como en tiempos de Jesús, muchos han captado que, por fin, ha aparecido sobre la tierra lo esperado, y lo han recibido como milagro y don de Dios. Así, la aparición de Monseñor Romero ha sido captada como “la aparición de la benignidad de Dios”. Su paso por este mundo ha sido captado como el de quien “pasó haciendo el bien”. Quienes así captaron a Monseñor siguen agradeciéndolo y siguen prosiguiéndolo. Su martirio, además, ha sancionado para siempre su vida y le ha otorgado última credibilidad. En definitiva, ha convertido a Monseñor en buena noticia para hoy. En recibir y proseguir esa buena noticia consiste, creemos, el contenido fundamental de la tradición de Monseñor Romero.

3.2 Peculiaridades históricas de la “recepción” de Monseñor Romero

El núcleo central de la tradición del Romero histórico ha generado, pues tradición, pero la recepción de Monseñor tiene peculiaridades específicas que es muy importante tener en cuenta para comprender adecuadamente el fenómeno actual del romerismo.

a) Una tradición de la humanidad

El romerismo es ya una tradición de la humanidad. Monseñor Romero ha impactado a creyentes y a seres humanos en general. Esto puede decirse de muchos otros, de Jesús ante todo, de San Francisco, de Juan XXIII, de Gandhi, de Martin Luther King... Pero por las circunstancias históricas por las que pasa hoy la humanidad esto es especialmente verdadero de Monseñor Romero: creyentes y no creyentes se remiten a él, recogen la tradición y la prosiguen. Monseñor Romero no ha generado pues sólo una tradición religiosa y menos aún una tradición meramente eclesial, sino una tradición de la humanidad.

Una razón para ello puede estar en la crisis actual del mundo que es ante todo crisis de “humanidad”, expresada a niveles religiosos, ideológicos o simplemente humanos. La gran pregunta de cómo vivir con sentido sobre este planeta no es sólo cuestión religiosa, aunque también se exprese religiosamente, sino cuestión humana. Monseñor Romero ha impactado a los creyentes, ciertamente, pero por iluminarlos en cómo ser religiosamente “humanos”. Y ha impactado a los seres humanos, aunque no sean religiosos, porque —a través de “lo religioso”— les ha ayudado a redescubrir lo humano.

Otra razón está en la propia fe de Monseñor Romero, que unificaba muy esencialmente Dios y mundo, más precisamente, Dios de vida y mundo de los pobres. Su fe en Dios incluía muy esencialmente que ese Dios está volcado a lo humano como tal, que ese Dios, por así decirlo, no ha creado primeramente “la religión” —como explicitación de la relación del hombre con él—, sino “la

creación" —explicitación primaria de la relación de Dios con el hombre—, que ese Dios está primariamente interesado en cómo anda su creación, sea cuales fueren las expresiones religiosas de los seres humanos. Dicho en otras palabras, Monseñor Romero comunicó que Dios es en verdad y ante todo un Dios de los hombres y, muy específicamente, un Dios de los pobres.

Indudablemente, Monseñor Romero comunicó con gran fuerza que la explícita fe en Dios, el reconocimiento del ser humano de su estar remitido a Dios, le humaniza. De ello estaba absolutamente convencido, por ello trabajó denodadamente, y su lenguaje sobre Dios en sus homilías no dejaba ninguna duda al respecto. Pero como no podía hablar de Dios sin hablar de su creación, sin decir cómo ve y cómo desea Dios que sean hoy los seres humanos, por ello pudo ser entendido y aceptado por todos aquellos que fuesen seres humanos honrados con la humanidad, por todos aquellos que —cada cual a su modo, sabiéndolo ó sin saberlo— desean ser humanos como Dios quiere que lo sean.

Todo ello trajo muchos bienes pastorales. Los dubitantes se esclarecieron sobre la verdad de Dios. Los no creyentes respetan ahora, al menos, con sinceridad el nombre de Dios; en cualquier caso no pueden ya blasfemar —como se dice en la Escritura— por lo que hacemos los creyentes. Pero desde el punto de vista que aquí nos ocupa lo más importante es que la tradición de Monseñor Romero es verdaderamente universal, realmente ecuménica, por ser humana. Así como el martirio de Monseñor Romero fue por defender a los pobres, es decir, por causa de la humanidad —no directamente por defender intereses eclesiales— así la tradición de Monseñor Romero se está convirtiendo en una tradición de la humanidad.

b) Una tradición cristiana y salvadoreña

Lo anterior puede ejemplificarse y concretarse desde la realidad histórica y eclesial en El Salvador. Cuando se pregunta al salvadoreño normal quién fue Monseñor Romero su respuesta inmediata suele ser más o menos ésta: "Monseñor Romero dijo la verdad, nos defendió a nosotros los pobres y por eso lo mataron". Este lenguaje admite y exige dos lecturas que no deben ser separadas. La lectura histórica recalca que Monseñor Romero fue un salvadoreño cabal como hoy lo necesita el país, encarnado en la realidad salvadoreña y a la altura de lo que exige la realidad salvadoreña. La lectura cristiana recalca que Monseñor Romero fue un auténtico cristiano que dijo e hizo lo que dijo e hizo Jesús y sufrió el destino de Jesús. Es ésta, pues, una tradición en la que convergen —sin mezcla y sin separación— lo salvadoreño y lo cristiano; si se nos permite usar este lenguaje, una tradición en la que convergen lo humano y lo divino.

Lo que hay que recalcar es que esta convergencia de realidades distintas en una sola tradición es bastante novedoso. En ella, lo cristiano no se usa ya

independientemente de y menos aún contra lo histórico, ni lo histórico se usa independientemente de y contra lo cristiano, como ha ocurrido con frecuencia a lo largo de la historia, sino al contrario. Introducirse salvadoreñamente en la realidad ayuda, por su naturaleza, a introducirse en lo cristiano. Y ahondar en lo cristiano —en el evangelio de Jesús— ayuda, por su naturaleza, a encarnarse en lo salvadoreño y reaccionar como lo necesita y exige la realidad salvadoreña. Se da, pues, el caso no muy frecuente hasta ahora de que realidad histórica y fe pueden converger —no sólo dialogar— y pueden potenciarse mutuamente —no sólo respetarse—. Monseñor Romero fue insigne ejemplo de ello y por eso la tradición que ha generado es enriquecedoramente compleja: salvadoreñamente cristiana y cristianamente salvadoreña.

Esto significa también —problema muy debatido por la institución eclesial— que se puede y se debe proseguir a Monseñor Romero salvadoreña y cristianamente. La tradición ideal y más completa de Monseñor Romero es la que recoge ambas dimensiones de Monseñor. Pero no es ilegítimo, sino bueno, recordar una de esas dimensiones siempre que no se haga explícitamente contra la otra, y más si se respeta y aun se está abierto a la otra.

Enfrentar una dimensión de Monseñor Romero a la otra sería tradición manipuladora. Proseguir sólo una de sus dimensiones es tradición buena y legítima, aunque limitada y parcial. Proseguir ambas dimensiones en su intrínseca unidad, tal como lo hizo el mismo Monseñor, es la tradición plena de Monseñor Romero.

c) Una tradición corporativa

La tradición de Monseñor Romero, aunque desarrollada a partir de su persona, es una tradición corporativa. Junto con la realidad de Monseñor Romero se recibe y se transmite mucha otra realidad de seres humanos, cristianos salvadoreños, latinoamericanos y aun del primer mundo que reproducen lo fundamental de la vida de Monseñor Romero. Con todas las analogías del caso, la tradición va presentando a un Monseñor Romero que es cabeza de un cuerpo mayor que él. Ya en vida, no se pudo comprender a Monseñor Romero sin tener en cuenta al pueblo salvadoreño y a su Iglesia. De todo ello fungió él como símbolo real, es decir, como expresión de una realidad mayor que él mismo, pero que, al expresarse precisamente en él, quedaba potenciada.

Y lo mismo, y más claramente, ocurre tras su muerte martirial. El es el símbolo real de muchos mártires, lo cual se nota en que en la celebración de Romero con frecuencia se recuerdan en ella nombres de otros mártires, y a la inversa, en la celebración de mártires más locales se los asocia espontáneamente con Monseñor. Y eso es verdad sobre todo de la multitud de mártires anónimos: si Monseñor Romero fue en vida “voz de los sin voz”, en muerte se ha convertido en “nombre de los que se han quedado sin nombre”.

Su martirio es visto, por lo tanto, como la culminación, por una parte, de anteriores martirios de sacerdotes, campesinos y muchos otros. Y los martirios posteriores de nuevos sacerdotes, de las religiosas norteamericanas, de innumerables campesinos, obreros, estudiantes son vistos, por otra parte, como la prolongación y actualización de su propia vida y de su propio martirio. Después del asesinato de Monseñor ha quedado muy claro lo que significa seguir sus huellas, y los que se decidieron a seguirlas no podían menos de tener presente a Monseñor, como ejemplo y motivo de ánimo, sí, pero también como exigencia. Por ello decimos que los martirios posteriores remiten a Monseñor.

Esto es para mí muy claro, si se me permite una palabra personal, en el caso de los seis jesuitas asesinados. En estos últimos diez años, fue precisamente Monseñor Romero quien más les movió a vivir como vivieron y, por lo tanto, a morir como murieron. Pudieran haber sido asesinados aun sin haber existido Monseñor Romero, pero, una vez que existió, sus martirios remiten a él porque provinieron en muy buena medida de proseguir su vida. Y por ello sus propios martirios siguen actualizando el martirio de Monseñor.

Y de la misma forma, creemos, podemos y tenemos que considerar a Monseñor Romero como símbolo de una tradición creyente y martirial mucho mayor que la salvadoreña, pues abarca a toda Centroamérica y a toda América Latina. Cada país tiene sus propios mártires, pero —parece que así ocurre— todos se ven remitidos a y reforzados por Monseñor Romero. Lo que se está transmitiendo ahora es, pues, toda una gran tradición cristiana y martirial latinoamericana.

Y esta dimensión simbólico-corporativa de Monseñor Romero explica también por qué desde muy temprano se ha convertido en tradición y por qué ésta crece. Es que Monseñor Romero no es un caso aislado, no es una anécdota maravillosa, pero anécdota al fin y al cabo en una historia que estuviera en discontinuidad con él. En Monseñor Romero se pueden mirar muchos como en un espejo, ideal, sí, pero real. Monseñor Romero puede inspirar y animar a muchos porque expresa ejemplarmente los problemas y las esperanzas de muchos. Monseñor Romero puede representar a muchos porque él pasó en vida y en muerte por lo que muchos han pasado y pasan, con especificidades individuales, por supuesto. Monseñor Romero no es, pues, sólo un santo "individual"; es simultáneamente la "cabeza" de todo un cuerpo, el símbolo real históricamente más logrado de todo un pueblo histórico y creyente. Y aquí está en definitiva la razón de por qué está generando una tan poderosa tradición.

d) Una tradición local, universal y solidaria

Digamos por último que, como toda tradición importante, la de Monseñor Romero se ha generado localmente, pues la realidad que genera tradición sólo puede ser originada y transmitida a partir de algo real concreto. Lo notable de la

tradición de Monseñor Romero es que muy pronto se ha convertido en tradición universal, lo cual ha sido también el caso en las grandes tradiciones a lo largo de la historia de la Iglesia. Los grandes santos pronto llegaron a traspasar sus propias fronteras.

La razón fundamental de esa universalidad ya la hemos mencionado: la promesa que significa Monseñor Romero para poder vivir hoy, en todo nuestro mundo, humana y creyentemente. Pero más que sobre el hecho mismo y la razón fundamental quisiéramos reflexionar ahora sobre la forma específica de esta universalidad que se torna en solidaridad.

En el origen local de esta tradición no está simplemente algo prodigioso, alguna maravillosa aparición que genera tradición y tiende a la universalidad precisamente por lo maravilloso, sino una realidad concreta y específica: la vida y martirio de alguien que se hizo sumamente local, ahondando y encamándose en una realidad bien concreta, en la de un pueblo crucificado, y que expresa él mismo a todo un pueblo crucificado. Y precisamente por ello, Monseñor Romero se ha convertido en "universal concreto" de la verdad del tercer mundo ante todo, pero también, indirecta y eficazmente, de la verdad de todos los mundos. Y se ha convertido en "un universal concreto" de cómo reaccionar ante un mundo de injusticia desde el tercer mundo y desde todos los mundos.

Esto significa que la tradición de Monseñor Romero se ha hecho universal, pero de forma muy específica: atrayendo él mismo —en cuanto crucificado— a todos los mundos, atrayendo desde todo un pueblo crucificado y desde su reacción hacia ese pueblo crucificado. Y cuando la universalidad se genera desde esa atracción entonces se convierte en solidaridad. No es una universalidad uniformista, ni siquiera sólo pluralista, sino solidaria. A la tumba de Monseñor Romero no van seres humanos y creyentes de diversas partes del mundo como se puede ir a visitar el santuario de Lourdes, por ejemplo, lugar universal, sí, incluso pluralista, pero que no desencadena necesariamente solidaridad de unos con otros.

A la tumba de Monseñor llegan personas y grupos de diversas partes del mundo, pero esa tumba se convierte ella misma en exigencia y pregunta sobre lo que los peregrinos van a hacer y van a dar al pueblo crucificado simbolizado en Monseñor Romero. Y muestra importante de ello es que, además de visitar la tumba de Monseñor, los peregrinos visitan los lugares reales del sufrimiento del pueblo salvadoreño, refugios, campos de desplazados, lugares de conflicto, instituciones de derechos humanos...

Y esos peregrinos, que se ven atraídos por el Monseñor Romero crucificado, lo encuentran también resucitado, y lo encuentran como símbolo de un pueblo que quiere resucitar él mismo y que quiere resucitar a los que se acercan a él. Y así, quienes vienen a ayudar a bajar de la cruz al pueblo crucificado se encuentran también con que ellos mismos resucitan, reciben cosas muy

importantes de ese pueblo crucificado: luz, ánimo, fortaleza, agradecimiento, fe, esperanza, perdón, gracia... Y así es como se genera la solidaridad, dando unos a otros y recibiendo unos de otros.

La tradición de Monseñor Romero es, pues, verdaderamente universal, pero a la manera de solidaridad. Entroncarse en esa tradición significa la apertura a dar y a recibir, a llevarse unos a otros mutuamente. Un importante signo externo de ello es que, en general, son los mismos los que reciben y transmiten la tradición de la persona de Monseñor Romero y los que trabajan en solidaridad con El Salvador. Y ello muestra que Monseñor Romero ha generado una tradición a la que le compete esencialmente la solidaridad entre todos. Lo que hay que repetir es que la universalidad de la solidaridad se genera desde la localidad de la cruz, y que esa cruz no está en el centro sino en la periferia de este mundo. Así como Jesús crucificado es el que atrae hacia sí, la tumba de Monseñor Romero, símbolo de todo un pueblo crucificado, es lo que atrae a otros, y se convierte en interpelación a un hacer y en buena noticia que se recibe.

3.3. La "recepción" y la "construcción" de Monseñor Romero en la historia

Resumiendo todo lo dicho en este apartado, la tradición de Monseñor Romero lo tiene muy presente a él en su concreción, en su honradez con Dios y con la realidad, en su misericordia y justicia, en su esperanza y su gran amor a los pobres de este mundo. Todo ello lo presenta y lo ofrece como hombre de Dios y hombre de este mundo en una realidad de opresión que clama por su liberación. Lo ofrece como proseguidor y hermano de Jesús y como hermano de todo ser humano. Lo ofrece como una buena noticia para los pobres, las víctimas de este mundo, y como buena noticia para todos: es posible vivir hoy en este mundo como un ser humano y como creyente.

Y esta tradición se va configurando ya de forma universal, histórica y creyente, solidaria y corporativa, porque Monseñor Romero ha sido "recibido" por generaciones posteriores de una manera bien determinada. Monseñor Romero expresa con respecto a otros, por una parte, la alteridad de su inigualable figura, que exige y anima. Pero expresa también, por otra, la afinidad con una realidad ya existente, la de los pobres, la de quienes trabajan por la liberación y la de los mártires. Su figura sigue animando a engrosar esta tradición necesaria y salvífica. Y, a su vez, esta tradición en aumento lo sigue haciendo presente en nuestro mundo.

La tradición de Monseñor Romero no se ha quedado, pues, en admiración y veneración de un santo, sino en tradición que hay que seguir construyendo e incorporando a la historia, para mantenerlo vivo, pero de esta y no de otra manera. Y se ha convertido ya en poderosa corriente histórica, hecha ya con la fe, la esperanza, la misericordia, la justicia y el martirio de muchos, de los pobres y de quienes se solidarizan con ellos. Por ello, la tradición de Monseñor

Romero, el romerismo, que es su presencia en un cuerpo a lo largo de la historia, ha entrado en ésta como don que se recibe con agradecimiento y como exigencia a actualizar solidaria y corporativamente ese don.

4. El futuro de la tradición de Monseñor Romero

La breve duración de esta tradición no permite todavía pronosticar cómo se desarrollará a lo largo de la historia. Sin embargo, ya se pueden hacer algunas reflexiones sobre la tendencia a la que apunta y sobre su calidad en el presente.

Diez años después de su muerte, la tradición de Monseñor no se desvanece sino que se profundiza e incrementa, como lo han mostrado las celebraciones del décimo aniversario en El Salvador y en otros muchos países. Y es éste un hecho fundamental para captar lo que Monseñor está gestando ya de tradición.

Pudiera argüirse que precisamente por ser el "décimo" aniversario eran esperables mayores y mejores celebraciones, lo cual es en parte verdad, pero no la verdad más fundamental. En general, las mayores y mejores celebraciones de este año no se deben a un voluntarismo minoritario y elitista de quienes quieren mantener vivo a Monseñor Romero a como dé lugar, ni se deben a una mejor preparación del aniversario por parte de la Iglesia oficial, aunque ambas cosas sean ciertas. La razón fundamental está en que con cada año que pasa —y a pesar de que el paso de los años lo hace cada vez más distante en el tiempo— mejor se capta la capacidad que tiene Monseñor Romero de humanizar y cristianizar, y más se siente la necesidad de hacerlo presente.

En el caso de la institución oficial eclesiástica, la figura de Monseñor prevalece no porque tenga a la institución a su favor —con hermosas y admirables excepciones— sino porque se impone incluso a una institución que con frecuencia ha querido silenciarlo o suavizarlo. No es, pues, la institución la que mantiene voluntaristamente el recuerdo de Monseñor, sino, a la inversa, es la fuerza objetiva de la tradición de Monseñor Romero la que ha forzado a la institución a recordarlo este año más y mejor que nunca.

Sobre la calidad de esta tradición hay que decir que tiene todavía en el presente la lozanía de los orígenes, es decir, que la santificación de su persona, sus lugares y su tiempo está todavía íntimamente relacionada con la santidad concreta de Monseñor Romero a lo largo de su vida, expresada en un lugar, el hospitalito, y en un día, el 24 de marzo. La tradición no se ha autonomizado, pues, de tal manera que su fundador se haya ido alejando o desapareciendo. Lo que hemos llamado "romerismo" vive esencialmente del Romero histórico. No se da todavía la disociación que ha ocurrido muchas veces a lo largo de la historia entre "Cristo" y "cristianismo", cuando de éste ha desaparecido aquél, convirtiéndose el cristianismo en puro ambiente o cultura, en los que puede estar o no estar presente la realidad concreta del Cristo que la originó, Jesús de Nazaret.

¿Se desdoblará en el futuro la tradición de Monseñor Romero, como ocurre en la historia, en varias direcciones, distintas y aun opuestas? No lo podemos saber a ciencia cierta desde ahora. Hoy por hoy, tradición de Monseñor Romero como tal sólo existe la que hemos tratado de describir. Indudablemente existen otras posturas ambientales hacia Monseñor. En El Salvador, muchos de los poderosos ni siquiera pueden escuchar su nombre; pero eso no ha generado, por así decirlo, una activa y orgánica "tradición anti-romerista", sino que simplemente expresa un fuerte rechazo. En varios miembros de la jerarquía eclesiástica —lo cual algunos llevan a cabo sin ningún pudor— existe la política de silenciar a Monseñor Romero; pero de nuevo esto no ha generado una activa y orgánica "tradición a-romerista", sino que expresa simplemente su deseo de silenciarlo.

Tristemente, existe también silencio y sospecha hacia Monseñor en gente sencilla del pueblo salvadoreño —aunque en mucha otra de esa gente sencilla está muy presente—, y por varias razones. Una es la constante indoctrinación de la que es objeto el pueblo sencillo, llamando comunista a todo aquel que defiende a los pobres, como se sigue haciendo hoy, por ejemplo, con Monseñor Rivera y la Iglesia que él simboliza. Otra es el poco esclarecimiento que ofrecen y la poca convicción con que hablan sobre Monseñor varios líderes religiosos, algunos sacerdotes. Y la más decisiva nos parece ser el miedo que genera el ser asociado a Monseñor. No hay que olvidar, en efecto, la persecución que origina el hecho mismo de poseer una foto de Monseñor, o de cantar uno de sus corridos —o de verse hoy asociado a Monseñor Rivera y la jerarquía de la aquidiócesis—. En la actual situación, hasta el mismo Monseñor Romero ha sido manipulado por la cultura del miedo, también entre la gente sencilla. Pero en cuanto se predica a Monseñor como lo que realmente fue y en cuanto se supera el miedo, vuelve a renacer en la gente sencilla el recuerdo y el amor a Monseñor. Lo cual muestra que Monseñor Romero, liberado de la manipulación de los poderosos, sigue siendo espontáneamente luz y ánimo para la gente sencilla.

Existen, pues, rechazos y silencios hacia Monseñor, y existe también sospecha y hasta miedo. Lo primero no debiera extrañar, pues lo mismo ocurrió con la tradición de Jesús. Lo segundo es una clara exigencia a la Iglesia, aunque sea arriesgada, a hablar de Monseñor, a defenderlo de todas las difamaciones y a presentarlo como quien realmente es. Pero rechazo, silencio y miedo no han generado tradición, propiamente hablando.

Digamos, por último, que algunas instancias eclesiásticas, aun reconociendo y agradeciendo la complejidad enriquecedora de la figura de Monseñor Romero, intentan concentrarla en algún aspecto de ella: su eclesialidad, su realidad sacerdotal, por ejemplo. Lo que de positivo afirma esta tendencia es correcto e incluso saludable para moderar tendencias unilaterales en la captación de

Monseñor. Pero no creemos que a corto y mediano plazo se configure una verdadera y poderosa tradición a partir sólo de esa dimensión de Monseñor Romero. En primer lugar porque Monseñor Romero fue no sólo figura eclesial, sino también insigne salvadoreño y creyente. Y en segundo lugar, porque el portador de la tradición existente es ante todo el pueblo, pueblo salvadoreño y pueblo de Dios, laicos por lo tanto, si se quiere, más que jerarcas y ministros —aunque varios de éstos se encuentran con aquéllos. La jerarquía podrá y deberá velar por que la tradición de Monseñor Romero vaya bien encaminada, pero ni la ha creado ni es lo suyo generarla. Por ello, el proceso iniciado de su canonización es importante para sancionar oficialmente una tradición que ya existe, pero ni la va a generar, pensamos, ni, en lo sustancial, la va a especificar ni acrecentar. Al declararlo santo se reconocerá lo que él es, pero la fuerza de atracción que ya posee y que ha generado tradición, no le proviene de la tal declaración sino de su propia realidad.

Juzgado, pues, desde el presente la tradición de Monseñor Romero tiene ya una impresionante masividad, si se tiene en cuenta sobre todo en cuánta diversidad de lugares se ha enraizado y contra cuántos rechazos, silencios y miedos tiene que desarrollarse. Desde esta perspectiva puede decirse que va en aumento. Y por lo que toca a su calidad, en el centro de esa tradición está todavía él mismo con su oferta de iluminar y animar a seres humanos y creyentes en este período de nuestra historia. El "Romero histórico" no se ha alejado de la tradición que ha generado, y en su centro está todavía —y es previsible que siga así— su proseguimiento.

5. La raíz teologal de la tradición de Monseñor Romero: "con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador"

Si nos preguntamos por último por qué ha sido posible que se genere esta tradición, tan rápida y poderosamente, se pueden dar varias respuestas. Algunas ya las hemos sugerido: la crisis de lo humano, que encuentra respuesta en Monseñor Romero, y su simbolismo corporativo, que hace que muchos se renozcan en él.

A un nivel más externo, si se pregunta por qué Monseñor Romero y no otro es el que ha generado una tradición poderosa, es obvio que —además del grado eminente de muchos de sus valores personales ya analizados— existen razones sociológicas: la notoriedad que otorga el ser arzobispo, el uso que hizo muy conscientemente de los medios de comunicación masiva, la densa concentración de su actividad en sólo tres años y su muerte martirial. Todo ello lo ofrece como figura idónea para generar una tradición cuyo contenido fundamental ya estaba presente antes de su martirio. No le hace esto necesariamente a Monseñor Romero ni mejor ni peor que otros salvadoreños y latinoamericanos de su tiempo que también, cada uno a su modo, ofrecieron con su vida, y muchos de

ellos con su martirio, una totalidad de sentido a otros; pero lo hace, sin duda, el más conocido y notable.

Su martirio fue también excepcional por las circunstancias que lo rodearon, lo cual favorece sociológicamente el que sea recordado. Lo fue, ante todo, porque es excepcional que un arzobispo muera asesinado. Lo fue porque fue un asesinato realistamente previsible, enfrentado por lo tanto con clarividencia y rechazando la seguridad oficial que se le ofrecía —de la cual carecen todos los demás. Lo fue por las circunstancias externas de su muerte, en el altar, después de la homilía, cuando se disponía a conmemorar el sacrificio de Cristo. Lo fue, por último, porque lo ocurrido en su entierro el 30 de marzo potenció para siempre el simbolismo de su propio martirio y de su dimensión corporativa.

Es, pues, indudable que el martirio de un arzobispo, ya en vida insigne y conocido, y rodeado de tales circunstancias no puede ser fácilmente ocultado ni ignorado. Por ello, aunque mártires ha habido muchos en El Salvador y en América Latina, y algunos de ellos han sufrido muertes más dolorosas, entre torturas, que Monseñor, es difícil encontrar un mejor símbolo de los mártires latinoamericanos que Monseñor Romero por todas las circunstancias que acompañaron su vida y su muerte.

A todo esto, tan conocido, sólo quisiéramos añadir una reflexión teológica, *a priori* si se quiere, sobre por qué Monseñor Romero ha generado tradición. Y la respuesta es: porque vivió y murió como Jesús. Esto quiere decir que si a lo largo de la historia se sigue actualizando la vida y muerte por amor de Jesús, puede esperarse que también genere algún tipo de resurrección. El mismo Monseñor Romero lo dijo con toda sencillez y con gran intuición: "Si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño". Lo que queremos añadir es que siempre que hay verdadera resurrección debe esperarse también que genere tradición, pues ésta es la forma histórica en que se hace presente sobre la tierra la plenitud de vida trascendente que implica toda resurrección.

El caso de Jesús es paradigmático y, en su plenitud, irrepetible, por supuesto, pero puede ilustrar lo que acaece también a lo largo de la historia. Sería un contrasentido, en efecto, que Jesús hubiera resucitado —la acción definitiva de Dios— y que nadie hubiera tomado noticia de ello; y de ahí la necesidad lógica de que Jesús "se apareciese" a seres humanos. Pero sería también un contrasentido que la revelación que la resurrección hace de la vida de Jesús como verdadera vida no moviese a nadie a proseguirla; y de ahí que aquellos a quienes se les apareció se comprendiesen a sí mismo como "testigos" y empezasen a reproducir la vida de Jesús. Ese testimoniar y proseguir en la propia vida la vida de Jesús es la tradición que generó Jesús, y —visto desde el designio de Dios— la que tuvo que generar por necesidad. (Otra cosa es que, después, esa tradición fundamental, el transmitir a lo largo de la historia la vida

de Jesús, se expresase en tradiciones orales y escritas, variadas y hasta divergentes. Pero no es eso lo más real de la tradición de Jesús, no es lo más real que se entrega). Creemos, pues, que resurrección y generación de tradición son en principio cosas correlativas.

Análogamente, sería también un contrasentido que hubiese a lo largo de la historia vidas y muertes como las de Jesús y que no generasen tradición, es decir, la presencia de vida verdadera en la historia. Por decirlo de otra forma, mal andaría el cristianismo si después de Jesús no hubiese acontecimientos pascuales, vidas y muertes por amor como las de Jesús, que no permaneciesen en la historia, que no generasen tradición.

Pero creemos que eso ocurre y que debe ocurrir según la lógica de la fe. Puede discutirse, por supuesto, si una concreta vida y muerte por amor se parecen a las de Jesús de modo que deba esperarse que generen tradición; y es indudable que unos presentizan más claramente que otros la vida y muerte de Jesús. Puede preguntarse por qué no todas las vidas y muertes parecidas a las de Jesús han generado tradición o tradición masiva; y ya hemos mencionado algunas de las condiciones sociológicas de posibilidad para que ello ocurra. Pero lo importante es recalcar que, en sí mismo, es de esperar que vidas y muertes como las de Jesús a lo largo de la historia se transformen en tradición, es decir, se dejen notar y permanezcan presentes en la historia, configurándola.

Eso es lo que ha ocurrido con Monseñor Romero. Las condiciones sociológicas (su notoriedad y su corporatividad) estaban dadas, a lo cual Monseñor Romero añadió su insigne actualización de la vida y muerte por amor de Jesús en nuestros días. Monseñor Romero, como Jesús, se encarnó en lo débil de este mundo, anunció la buena noticia a los pobres y denunció a sus opresores, propició el reino de Dios y combatió el antirreino, fue fiel a Dios y misericordioso con los pobres. Monseñor Romero actualizó insigne la muerte de Jesús, lo mataron por las mismas razones por las que mataron a Jesús: la defensa de los pobres en contra de sus opresores (con lo cual Monseñor Romero es, como Jesús, antes que nada mártir de la humanidad, no de la Iglesia, aunque su fe y misión la desarrollara en la Iglesia), actualizó la libertad de Jesús al dar su vida sin que nadie se la quitara, actualizó en suma el gran amor de Jesús, hasta el final. Y, a través de todo ello, como Jesús, hizo presente a Dios en nuestro mundo.

Si una vida y una muerte así no permanecen en la historia, no generan tradición cristiana y humanizante, puede preguntarse uno —desde la fe cristiana— qué lo hará. Y si no se admitiese esa posibilidad, más aún, su verosimilitud, vano sería hablar con sentido histórico de la resurrección de Jesús y del cristianismo que desencadenó y que nos ha sido entregado hasta nuestros días. O dicho de otra forma, para terminar, si es cierto como dijo Ignacio Ellacuría que “con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”, entonces sería absurdo que

no se notara la huella que Dios ha dejado al pasar por nuestra historia.

Al hablar, pues, de la tradición de Monseñor Romero estamos tocando fondo. Podrán discutirse muchos de los detalles que hemos expuesto en este artículo, pero lo que está en juego, en nuestra opinión, es la esencia misma de la fe cristiana: si es verdad que vidas y muertes por amor como la de Jesús se quedan en la historia para salvarla, si es verdad que Dios pasa por la historia y deja su huella para hacerse presente. En nuestra personal opinión, Monseñor Romero —como símbolo de tantas vidas y muertes por amor— no sólo ha creado tradición sino que tenía que crearla, y grave sería que no lo hiciese. Esa es la forma histórica de afirmar lo central de nuestra fe: que Dios y su Cristo siguen presentes en la historia para salvarla, que en el mundo no sólo existe el pecado, sino también la gracia; y que no existe sólo el pecado estructural, sino también la gracia estructural, esa realidad que va configurando a la historia con la acumulación de verdad, de misericordia, de justicia y de amor, que inclina al bien, y que está hecha de vidas y muertes por amor como la de Jesús —en su manifestación más poderosa y definitiva— pero hecha también de las de tantos seres humanos y creyentes a lo largo de la historia y, en nuestros días, de la vida y muerte por amor de Monseñor Romero.

